

Isla Verde, 20 de febrero de 1984

Querido amigo:

Mucho me ha alegrado el que Vd. en cuanto autor, haya aceptado como válida mi lectura de su Claudia: ello revela que es posible para el intérprete —según lo intento yo en numerosos ensayos— dar con una cierta lectura que el autor tuvo en vista, tal vez en forma tácita, y que no expresó conceptualmente, acaso ni siquiera a sí mismo. Hace pocos días les envié una separata de un artículo mío sobre el Fausto de Goethe, publicado el año pasado, y que, al igual que otro sobre Machado, inédito, enviado antes, forma parte, junto con uno sobre la Divina Comedia que habría que reescribir, de mi Libro de convocaciones II. Todos ellos se apoyan en el referido supuesto de un decir implícito, acaso retenido y hasta censurado por el autor, que es, sin embargo, susceptible de ser sacado a luz por su lector-intérprete inclinado hacia él, pero que, tras la lectura-diálogo, debe de transformar las propias concepciones iniciales de tal lector-intérprete.

También me ha dado mucha alegría el saber que Vd. ha podido “poner al día” con su último pensamiento sus obras más antiguas. Recordará Vd. tal vez, que en mi homenaje crítico de 1976, parcialmente publicado en Transparencias, yo hacía notar cierto [*nonsequitua*?] que me parecía advertir al pasar de una a otra de las dos primeras (sin que ello privara a casa una de su intrínseca validez y eficacia). Por lo visto, yo echaba entonces de menos esa coherencia global, esa gran síntesis, que Vd. ahora parece haber logrado. Espero mucho que ello no se haya hecho en desmedro de la dimensión persona y sentido, sino dando a este ámbito, acaso una nueva función. De todos modos, es algo importante el que Vd. (y con Vd. quiénes lo admiramos) pueda verse ahora como el autor de una filosofía coherente, válida y eficaz, y no sólo de varias obras filosóficas, provistas —lo que ya era mucho— de interna coherencia, validez y eficacia cada una por sí sola. Leeré pronto su El ser y la muerte a fin de ir, yo también, poniéndome al día.

Sus juicios sobre mis Convocaciones primeras me han dado muy grandes satisfacciones, sobre todo en lo que se refiere a Kant, pues la crítica algo destemplada de Torretti me había dejado un tanto inseguro y esperaba, a decir verdad, con cierto temor, la de tan buen conocedor de Kant como es Vd.

Por cierto, sería excelente conversar, aquí o allí, sobre algunos aspectos de este engendro mío. Su carta, tan pródiga en elogios, al igual que la que la precedió, me deja en la situación un poco ridícula de aquella joven que ha obsequiado a su novio dos corbatas y cuando él, seguro de complacerla, se presenta ante su prometida con una de ellas, tras mirarlo con disgusto y enojo, ella le dice: “ya sabía yo que la otra no te había gustado”. En mi caso, como en el de esa joven, parecería que yo quisiera que Vd. se pusiera dos o más corbatas, pues me quedo pensando: “Qué le habrá parecido mi gran comisario? ¿qué, el final de mi ‘Freud’ (en el que cierto pensamiento filosófico, que espera desarrollar como tal, despunta a través de las consideraciones psicológicas)? etc. Este anhelo mío sólo revela que, para la inconmensurable vanidad de un escritor, los elogios que recibe nunca resultan suficientes, aun viniendo de personas que, como Vd., no suelen darlos sino con mesura.

No he de insistir en ello por temor de que Vd. prefiera interrumpir la correspondencia con un autor tan sediento de aprobación o crítica y últimamente tan fecundo.

Dice Vd., de estas primeras Convocaciones mías, que constituyen “acaso la más madura y penetrante” de mis obras. Debo aclararle, entregado ya al vicioso placer de

hablar de mí mismo y mis producciones, que desde que se publicó mi libro-tesis en 1957 y luego mi edición de Maine de Biran en 1963 y un farragoso repudiado por mí y convertido en la novela espejo, libro-ensayo sobre el Quijote en 1965, por tanto en los últimos 19 años, yo no he publicado ningún libro; sólo sí numerosos ensayos o artículos desperdigados en revistas; y no tengo, por cierto, esperanza alguna de que, a mi muerte, alguien quisiera o pudiera reunir todo ese material disperso y diverso ni menos aún presentarlo en forma coherente y convincente. Por esto, desde que regresé a Puerto Rico en 1980 y en especial al aproximarme al momento de cumplir mi séptimo decenio de vida, uno procura hacer ya mismo esta labor, a mi parecer necesaria, puesto que, como era de esperarse, el pensamiento filosófico expresado en el libro de 1957, esto hace 27 años, no lo podría reconocer hoy como mío, salvo introduciendo en él profundas modificaciones y, en rigor, dándole otro giro. No veo, por tanto, este libro mío de Convocaciones, como el último de una nutrida colección, según sugiere el texto de su carta, sino más bien como un volver a tomar la palabra, tras muchas andanzas y exploraciones y largos años de meditación crítica sobre lo antes publicado por mí. Forma parte de este proyecto mío el entroncar, con esos mayores cuyo decir secreto busco, un pensamiento que ahora pasa a ser suyo –(de ellos)- mío.

Naturalmente, como todo autor, desearía que este nuevo libro producido y los que pudieran seguirlo, fruto de una vida que, bajo su aliciente, he dedicado principalmente a seguir y cultivar cierta línea de pensamiento, pudiese publicarse, a fin de llegar yo a conocer y hasta a aprovechar aquello que los múltiples posibles lectores, por ahora anónimos para mí, pudieran tener que decir sobre él. Deduzco de sus cartas (y en especial del último párrafo de la de 5 de este mes sobre “la paja y el grano”) que estas Convocaciones más le parecen a Vd., grosso modo, dignas de publicarse. Me permito, pues, preguntarle: ¿podría Vd. indicarme qué pasos debo yo dar para obtener que él llegue a manos de algún “lector” de una editorial que pudiese examinarlo e informar sobre él? Dado su carácter literario al par que filosófico me parece posible anticipar una venta más o menos “normal”. Inútil decirle cuánto agradeceré sus sugerencias y/o consejos al respecto y también, claro está su ayuda.

Afectuosos recuerdos a la “misionera”, a cuya secta me honro en pertenecer (aún no recibo el libro de Stone) y, en un fuerte abrazo, mi amistad de siempre

[Signatura]

A esta tardanza mía en producir lo que acaso Vd. en 1947 podía esperar de mí, aludí yo con el adjetivo “paciente” aludiendo a su amistad, en mi dedicatoria.